

Mensaje del rector

Marcelo Ruiz

Cierre del Primer Congreso del Foro de Universidades Nacionales para la Agricultura Familiar

9 de mayo de 2014

Muy buenas tardes a cada persona aquí presente.

Ayer decíamos de la importancia de hacer visible a un sujeto colectivo, que es el sujeto al que conmemoramos en el 17 de abril, el Día Internacional de la Lucha Campesina.

Es este sujeto “colectivo”, que se reconoce como tal, que pugna por un acceso igualitario de la población a la tenencias de tierras y que, ese mismo reclamo contiene, implica y vertebra un modelo diferente de “vida en territorio”: ya no piensa la tierra como un recurso sino como un “bien común”; es una redefinición del modo de producción, de la vinculación entre mundo humano y mundo natural, la pachama y lo humano.

Norma Giarracca (en un artículo en Página 12, del 17 de abril de 2013 que titula Modos de producir alimentos) sostiene que

“la agricultura familiar nos es la única forma de producción agraria alternativa al “agronegocio” (cuyo paradigma es la expansión sojera); la Argentina sostuvo su desarrollo agrario, agroexportador, con un tercer modelo que fue “el chacarero”... Campesinos y “chacareros” comparten la utilización de mano

de obra familiar (agricultura familiar), el control productivo por parte del “jefe/a de explotación”, pero se diferencian porque estos últimos lograban una acumulación de capital que los habilitaba a mecanizarse y utilizar insumos agroindustriales acorde con su escala”. Agrega que “Mientras las agriculturas campesinas y “chacareras” basan su productividad en los procesos microbiológicos del suelo, con rotación con ganadería y con otros cultivos agrícolas, mantienen alta diversidad productiva, y generan trabajos, el nuevo modelo que denominamos “agronegocio”, de carácter centralmente monopolístico, hace todo lo contrario”.

La relación sujeto-desarrollo-tecnología-estado es compleja, pero necesaria de ser pensada con claridad si queremos ir por más, es decir profundizar construcción popular en Argentina. Para nosotros el concepto de democracia si vincula al de popular de manera indisoluble, porque no hay democracia sin justicia social, y también la democracia supone un nuevo modo de vinculación con el mundo natural también, de allí que enfatizamos en la perspectiva de la justicia ambiental.

Para finalizar me voy a referir a un problema (o una serie de problemas) que ya planteé hace un par de días en otro encuentro.

En la tradiciones desarrollistas y neodesarrollistas, se sostiene la noción de neutralidad tecnológica; esto es, que es posible pensar en los dispositivos tecnológicos y por ende también en una ciencia que serían independientes de las relaciones sociales de producción. Sostenemos, por el contrario, que toda tecnología es portadora de relaciones sociales y es por ello que hay un tipo de

tecnología vinculada, constitutiva de los monopolios. Un ejemplo, los monopolios relacionados a la agricultura contienen una propuesta de paquete tecnológico –y enfatizamos, de relaciones sociales- que es antagónico a la agricultura soberanamente comunitaria (la de la agricultura familiar o la de los pequeños agricultores). Otro ejemplo, cualquier proceso de industrialización basado en el empoderamiento de la clase trabajadora tiene que tener carácter anti-monopólico. No podemos ser ingenuos, hay una ilusión de desarrollo planteada por el neo-desarrollismo que, para nosotros nos dejará en el mediano plazo, más dependencia, con severas devastaciones ambientales o en otros términos saqueos a la madre tierra.

Feenberg (un discípulo de Adorno, del famoso Círculo de Viena) hablando de lógicas globales, a nivel mundial, sostiene en un artículo denominado “El parlamento de las cosas, la tecnología y el fin de la historia” dice que

“la degradación del trabajo, la educación y el medio ambiente se encuentra enraizada, no en la tecnología per se, sino en los valores antidemocráticos (se refiere a lo que denominamos mundialización capitalista) que gobiernan el desarrollo tecnológico. Las reformas que ignoren este hecho fallarán, incluyendo las populares nociones que claman por un estilo de vida más simple o una renovación espiritual. Por más deseables que estas nociones parezcan, no habrá ningún progreso social fundamental en una sociedad (en mundo digo yo) que sacrifica a millones de personas en el proceso productivo.”

Planteo esto porque como universidades debemos comprometernos con los procesos de reales democratizaciones, que sabemos no son nada fácil y la construcción de transiciones no puede obviar el problema de las correlaciones de fuerza que son las que marcan límites, pero los cuales no son definitivos, si no creeríamos que la justicia social y ambiental sean posibles de ser alcanzada.

Gracias a todas y todos ustedes por haber hecho posible este encuentro.